

¿Por qué ha fracasado el liberalismo?

Patrick J. Deneen



¿Por qué ha fracasado el liberalismo?

Patrick J. Deneen. Ediciones Rialp. Madrid, 2018

256 páginas

JAVIERA CORVALÁN AZPIAZU



Académica de la Universidad Finis Terrae

60

La idea de que el triunfo del liberalismo ha devenido en su fracaso, de que las estructuras liberales han corroído en buena medida instituciones que el liberalismo requería para ser exitoso –comenzando por la familia–, y de que una posible vía para hacer frente a este escenario es el fortalecimiento de las comunidades locales, le ha valido a Patrick Deneen no pocas críticas. Que debió haber hecho más distinciones entre los diferentes liberalismos, que peca de determinista, que sus propuestas son inviables, que confunde liberalismo con modernidad y que arma hombres de paja de aquello que quiere refutar, son solo algunas de ellas. En esta ocasión, detengámonos en dos de estas opiniones.

La primera crítica me trae a la mente una tertulia de hace casi diez años, en que, como tantas otras veces, nos quedamos hasta altas horas de la noche arreglando el mundo entre buenos amigos. En un momento, uno de los presentes señaló tímidamente que él no adhería a las premisas de la ideología liberal. De inmediato saltamos cuatro o cinco inquisidores a exigirle que distinguiera: «¡Pero especifica! ¿Te refieres al ámbito político, económico, social o moral? ¿Al liberalismo de Locke, de Montesquieu, de Rousseau, de Smith? ¿A los liberales conservadores o progresistas, de izquierda o de derecha, ateos o religiosos, demócratas o

republicanos?».

Creyéndonos muy rigurosos, olvidábamos una verdad sencilla: como sucede con todo lo nombrado por eso que los escolásticos llamaron «términos análogos», algo deben tener en común todos los liberalismos. Si no, de hecho, no sería posible subsumirlos a todos ellos en la voz «liberalismo». Con esto en cuenta, el profesor Deneen va mostrando a lo largo de su libro que ese «algo» es el rechazo implícito o explícito de la noción clásica y cristiana de libertad (según la cual el hombre libre es aquel que consigue no ser esclavo de sí mismo, «de los propios deseos vulgares»), y el reemplazo de tal concepción por una libertad entendida principalmente como una ausencia de coerción.

La pluma amena y aguda del autor procura dejar al descubierto, a través de diversos ejemplos, dónde estaría realmente el corazón tanto del liberalismo conservador como del liberalismo progresista; cuáles serían las fichas por las que una gran parte de los políticos de uno y otro bando estarían dispuestos a dar las batallas con mayor ímpetu y convicción, apostando muchas veces todos los demás principios, como si se trataran de una parte prescindible del propio programa. Que las agendas más exitosas de conservadores y progresistas hayan sido, respectivamente, la liberalización de los mercados y la liberalización de la moral sexual; y que

las agendas más fracasadas hayan sido, respectivamente, la conservación de las buenas costumbres y el progreso hacia un proyecto menos individualista de sociedad son, a juicio de Deneen, dos indicios bastante elocuentes de que ambos actores políticos no son más que dos caras de una misma moneda: vasos comunicantes que se alimentan mutuamente. Contra este punto –a mi juicio, uno de los mejor logrados– no se han esgrimido argumentos contundentes.

Detengámonos ahora en la segunda crítica. La insistencia del autor en lo indispensable que resulta la virtud personal de los miembros del cuerpo social para que este se desarrolle sanamente desmiente también a quienes podrían tachar a Deneen de «determinista». No es cierto que en su ensayo apunte a las estructuras y sistemas liberales como los únicos causantes del individualismo que actualmente impera en buena parte de las sociedades occidentales. Sin dejar de constatar cómo estos han influido considerablemente en la degradación moral durante la modernidad y posmodernidad, en la creación de una mentalidad cada vez más egoísta y en la erosión de las comunidades, el autor expresa con claridad que siempre está dentro del corazón humano el último porqué del estado de los tiempos que corren. Así, llega a afirmar

con Václav Havel que «un sistema mejor no asegurará automáticamente una mejor vida. De hecho, lo que es cierto es lo opuesto: solamente creando una vida mejor podrá desarrollarse un mejor sistema» (p. 9).

En síntesis, no es cierto que Deneen no comprenda que existen diversos liberalismos: simplemente se niega a aceptar que, a raíz de dicha diversidad, esté prohibido criticar la ideología liberal en su conjunto. Asimismo, tampoco es cierto que a su juicio sean las estructuras políticas y económicas las únicas o últimas responsables de las iniquidades que han tenido lugar en la modernidad; teniendo presente el autor la existencia del libre albedrío y los desórdenes interiores con que lidiamos todos nosotros –¿podría negar alguna de estas dos realidades un católico que, como Deneen, cree en el pecado original?–, solo se limita a constatar que los sistemas y estructuras en medio de los cuales nos desenvolvemos sí suelen influir considerablemente en la manera en que enfrentamos la vida, aunque no la determinen. [®]